

Ira virtuosa y voz aborrecible: emociones, cuerpo y polarización en el peronismo tardío (1953-1955). *Virtuous Rage and Abominable Voice: Emotions, Body, and Polarization in Late Peronism (1953-1955).* Sandra Gayol. Población & Sociedad [en línea], ISSN 1852-8562, en prensa. Puesto en línea en octubre de 2026.

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución - No Comercial CC BY-NC-SA, que permite copiar, reproducir, distribuir, comunicar públicamente la obra y generar obras derivadas, siempre y cuando se cite y reconozca al autor original. No se permite, sin embargo, utilizar la obra con fines comerciales.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



Contacto

poblacionysociedad@humanas.unlpam.edu.ar

<https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/index>

**Población
& Sociedad**
revista de estudios sociales

Ira virtuosa y voz aborrecible: emociones, cuerpo y polarización en el peronismo tardío (1953-1955)

Virtuous Rage and Abominable Voice: Emotions, Body, and Polarization in Late Peronism (1953–1955)

Sandra Gayol 

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina. sgayol@campus.ungs.edu.ar

Resumen

El 15 de abril de 1953 — bombas en Plaza de Mayo e incendios de sedes opositoras al gobierno — es el eje del análisis sobre la polarización afectiva durante el peronismo tardío (1953-1955). A partir de prensa, discursos y testimonios, el artículo reconstruye cómo peronismo y antiperonismo produjeron interpretaciones emocionales irreconciliables: ira virtuosa frente al desconcierto, miedo, desconfianza y repulsión. Lejos de acompañar la disputa ideológica, las emociones sellaron los límites de lo negociable y convirtieron la ruptura institucional en una necesidad sentida. El trabajo dialoga críticamente con Eva Illouz mostrando que la intensidad emocional no es patrimonio exclusivo del populismo, pues sus adversarios liberales forjaron identidades políticas antiperonistas de alta carga afectiva, cuyas huellas persisten en la historia argentina contemporánea.

Palabras clave: peronismo; violencia; ideologías políticas; golpe de Estado

Abstract

The events of April 15, 1953—involving bombings in the Plaza de Mayo and the burning of opposition headquarters—form the focal point of this analysis regarding affective polarization during the late Peronist era (1953–1955). Drawing on press reports, speeches, and personal testimonies, the article reconstructs how Peronism and anti-Peronism generated irreconcilable emotional interpretations: righteous anger pitted against bewilderment, fear, mistrust, and revulsion. Far from merely accompanying the ideological dispute, emotions defined the limits of what was negotiable and transformed the institutional rupture into a deeply felt necessity. The study engages critically with the work of Eva Illouz, demonstrating that emotional intensity is not the exclusive province of populism; indeed, its liberal adversaries forged highly charged anti-Peronist political identities, the traces of which persist in contemporary Argentine history.

Keywords: peronism; violence; political ideologies; coup d'état

La llegada de Juan Domingo Perón a la presidencia de la Argentina, en febrero de 1946, estuvo precedida por una agitada campaña electoral y por

una amplia movilización de la sociedad que se expresó tanto en el Partido Laborista como en la Unión Democrática, conglomerado de partidos políticos opositores integrado por la Unión Cívica Radical (UCR), el Partido Demócrata Nacional (PDN), el Partido Socialista y el Partido Comunista (García Sebastiani, 2005; Spinelli, 2005, 2013; Tcach, 2006, 2016; Zanatta, 2013; Azzolini, 2016; Garzón Rogé, 2016). La vieja rivalidad entre la UCR y el PDN fue reemplazada e intensificada por la oposición peronismo-antiperonismo, que devino un factor determinante en la historia argentina posterior.¹

Conocemos también el impacto del peronismo en América Latina debido a la política exterior del gobierno argentino acusada de pretensiones imperiales (Zanatta, 2013; Adrover, 2020, 2023). Si las etiquetas de "gobierno totalitario" y "Perón como el Hitler argentino" fueron en buena medida construcciones político-mediáticas impulsadas por contrincantes locales e internacionales que buscaban deslegitimar al gobierno, no carecían de sustento: Perón mostró escasa disposición a respetar la división de poderes y las libertades públicas, apoyó materialmente a ciertos candidatos de los países vecinos en contiendas electorales, persiguió y encarceló opositores y la reforma constitucional de 1949 —que habilitó su reelección— profundizó las fracturas con el conglomerado local disidente. El estado de sitio desde 1951, luego del levantamiento con el que Benjamín Menéndez intentó derrocarlo, reforzó las críticas y las acusaciones de deriva autoritaria. Bajo este nuevo marco político e institucional, Perón ganó con amplísimo margen las elecciones de noviembre de 1951.

Durante este segundo mandato, iniciado en 1952 y hasta 1955, el enfrentamiento peronismo-antiperonismo adquirió una dinámica particular. No solo dificultó la negociación y los consensos, sino que reconfiguró el propio espacio político, convirtiendo desacuerdos en principio negociables en fracturas difícilmente reversibles. La división binaria generó dinámicas de exclusión que intensificaron la radicalización: el gobierno combinó persecución con llamados a la pacificación, y los opositores endurecieron sus posiciones, rechazaron la vía institucional y comenzaron a visualizar favorablemente alternativas extraconstitucionales (García Holgado, 2014; Pizzorno, 2016, 2020, 2022).

Esta polarización no fue un fenómeno mecánico, automático ni uniforme. Conviene distinguir, además, entre dos dimensiones analíticamente separables, aunque históricamente imbricadas: la polarización política —desacuerdo intenso sobre intereses, valores, tradiciones, identidades o programas, que en principio admite negociación y compromiso— y la polarización afectiva —entendida como un antagonismo emocional profundo en el que los grupos no se oponen principalmente porque quieran cosas distintas, sino porque se profesan antipatía recíproca—. En esta segunda dimensión, lo que define al adversario ya no es su programa sino lo que es, lo que representa, lo que encarna emocionalmente (Iyengar et al., 2019).² Ambas formas de polarización no se suceden linealmente ni remiten a etapas cronológicas separadas: coexisten, se alimentan mutuamente y adquieren

pesos relativos distintos según las coyunturas. En el caso argentino, donde el enfrentamiento entre peronismo y antiperonismo se configuró como una disputa simultáneamente conceptual, discursiva, identitaria, programática y afectiva, el análisis de los sucesos de 1953 sugiere que la dimensión afectiva, si bien no aparece como una novedad absoluta, sí muestra que ciertas emociones —entre ellas el odio, la ira, el miedo, el desconcierto y la desconfianza— conformaron una constelación específica que adquiere una visibilidad particularmente intensa y pasa a organizar con mayor nitidez las interpretaciones de la situación política, sin cancelar por ello la persistencia de otros desacuerdos. Más que un punto de origen absoluto, los eventos del 15 de abril constituyen un momento de condensación y aceleración que permite captar con especial claridad esa dinámica. Emociones que ya circulaban en registros fragmentarios, dispersos o semiprivados cobraron una nueva centralidad pública y comenzaron a operar de un modo más explícito como principios organizadores de la acción colectiva.³ Esto implicó que la ira peronista, la iracundia usada por el antiperonismo y también su desconcierto y desconfianza casi irreversible no se limitaran a registros discursivos, sino que orientaran las decisiones concretas de movilización y legitimaran la escalada de la violencia o el rechazo a las vías institucionales para dirimir las diferencias.

Las emociones no son experiencias meramente individuales: están siempre dirigidas hacia algo, portan evaluaciones morales sobre lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo y orientan la acción (Nussbaum, 2001, 2014; Ahmed, 2015; Arbaiza, 2018). Su importancia política radica también en que crean lazos de identidad —definen un "nosotros" mediante acuerdos sobre qué emociones valorar, cómo expresarlas, cuáles legitimar— (Rosenwein, 2006, 2010, 2020) y, en momentos de alta polarización, operan simultáneamente como fuerzas de cohesión interna y de antagonismo radical frente a "los otros".⁴

El artículo pone el foco en una masiva movilización peronista en la Plaza de Mayo, en el estallido de dos bombas mientras Perón hablaba a la multitud, en los actos de violencia contra sedes opositoras que siguieron y en la sedimentación de un clima emocional —entendido como el estado de ánimo colectivo relativamente estable que predomina en un grupo social en un momento histórico determinado, construido socialmente y no reductible a la suma de emociones individuales— que contribuyó a la crisis del gobierno peronista y sentó un antecedente significativo para su posterior derrocamiento.⁵ No supongo que antes de abril de 1953 las emociones hubieran estado ausentes, ni que ese episodio por sí solo explique el curso posterior de los acontecimientos. La campaña electoral de 1946, la reforma constitucional de 1949, el estado de sitio de 1951 y la muerte de Eva Perón en 1952 pueden leerse también como hitos relevantes del enfrentamiento político entre el peronismo y el antiperonismo.⁶ En esos otros momentos, la oposición ya había elaborado repertorios afectivos potentes: por ejemplo en 1945 en torno a la antinomia entre libertad y tiranía fascista, en 1951 el levantamiento del general Menéndez concentró expectativas de caída del régimen,

frustración y temores a la represión estatal; y en 1952, a partir del duelo por la muerte de Eva Perón, múltiples relatos escribieron sobre el tedio, la invasión de olores, de sonidos y de experiencias sensoriales vividas como humillantes a causa del “aparato totalitario peronista” (Gayol, 2023, 2024). Lo que vuelve especialmente productivo poner el foco en los sucesos de abril de 1953 no es, por tanto, que se introduzcan las emociones en el análisis de la vida política, sino advertir que en ese acontecimiento una constelación específica —centrada en el odio, la ira, el resentimiento, la desconfianza y el desconcierto— ganó primacía pública y articuló de manera simultánea retórica virulenta, atentados con bombas, violencia física efectiva, movilización de masas, resemantización emocional del discurso presidencial, violencia “reparadora” y lectura opositora de la crisis. Esa combinación permite observar con particular nitidez cómo esas emociones específicas organizan la acción colectiva y redefinen el horizonte de lo políticamente posible. A su vez, 1953 se convirtió en un punto de referencia central en la memoria opositora y reapareció en 1955, cuando esos sentidos volvieron a activarse en un contexto de máxima conflictividad y radicalización política. Ese regreso no fue solo un recurso retórico, sino también un indicio de cómo los sucesos de abril de 1953 habían sido incorporados como experiencia significativa en las trayectorias de diversos actores políticos. En esa clave, los hechos de 1953 se incorporaron a una construcción simbólica del peronismo como fuerza abyecta y destructiva que luego contribuiría a legitimar su derrocamiento.

El artículo dialoga con tres campos de indagación: con los estudios sobre peronismo y antiperonismo, argumentando que las emociones no fueron epifenómenos de la polarización, sino sus agentes constitutivos; con los análisis de las emociones políticas, al mostrar cómo ante un mismo acontecimiento diferentes actores construyeron valoraciones emocionales contrapuestas que orientaron su comprensión de la coyuntura y estimularon cursos de acción divergentes; y con los debates sobre polarización contemporánea, ofreciendo desde un caso histórico concreto recursos analíticos para comprender cómo los antagonismos afectivos erosionan las posibilidades del diálogo político y hacen inteligibles rupturas institucionales que de otro modo resultarían incomprensibles.⁷ En este punto el artículo pone en tensión la influyente tesis de Eva Illouz (2023) según la cual el populismo de nuestros días explota un déficit emocional de la política liberal. El análisis del antiperonismo complejiza este argumento al mostrar que los adversarios liberales también construyeron comunidades afectivas intensas. La diferencia no es, entonces, entre emoción populista y razón liberal sino entre dos comunidades emocionales que se desconocen mutuamente. Precisamente, los acontecimientos de 1953 revelan cómo climas emocionales específicos vuelven deseables —y hasta necesarios— desenlaces que de otro modo habrían carecido de suficiente sustento político. Este tipo de antagonismo emocional no es exclusivo del peronismo ni una singularidad argentina: lo encontramos localmente, en las dos presidencias de Hipólito Yrigoyen (1916-

1922 y 1928-1930), así como en las polarizaciones europeas de entreguerras y en los populismos contemporáneos.⁸ Lo que hace al caso peronista analíticamente productivo no es su excepcionalidad sino la intensidad simétrica de ambos polos emocionales y la documentación disponible que permite reconstruir con cierto detalle cómo operaron estas dinámicas en ambas direcciones.

El primer apartado examina la movilización en Plaza de Mayo, el discurso presidencial y las expresiones emocionales de la multitud, mostrando la lógica interna de la política emocional peronista. El segundo, reconstruye la lectura antiperonista de esos mismos eventos, rastreando cómo el miedo y el desconcierto iniciales se fueron entrelazando con la desconfianza y la repulsión —sin desaparecer, sino complejizándose y sedimentándose— y cómo esa constelación emocional en expansión convirtió la iracundia presidencial en síntoma de la descomposición del régimen y en justificación de la radicalización opositora.⁹ Por último, el tercer apartado analiza cómo la sedimentación de estos lenguajes emocionales contrapuestos redefinió el espacio político: sin clausurar mecánicamente ningún desenlace, ciertas constelaciones afectivas volvieron algunos caminos de acción más inteligibles y deseables que otros.

La movilización peronista del 15 de abril de 1953

En noviembre de 1951, Perón fue reelegido con un margen abrumador. Sin embargo, su segundo mandato no fue la consolidación tranquila que esos números prometían: fue un período de tensiones múltiples que convergieron y se potenciaron mutuamente. La polarización política se intensificó y los enfrentamientos adquirieron una violencia creciente. La muerte de Eva Perón, en julio de 1952 sacudió el horizonte político y emocional del movimiento: lejos de cerrar heridas profundizó la fractura, desató disputas internas por la herencia afectiva que Eva dejaba entre los sectores populares y proveyó a la oposición de copiosos insumos para sus narrativas sobre el colapso y la degradación del régimen. A eso se sumó el Segundo Plan Quinquenal —con su apuesta por la industrialización y la estabilización mediante el congelamiento de precios y salarios— y, también, el polémico contrato con la Standard Oil, que encendió acusaciones de capitulación ante Estados Unidos y abrió un considerable debate público sobre los límites ideológicos del peronismo.

La crisis económica, especialmente su expresión en el desabastecimiento y en el aumento de los precios, operó también como un potente “combustible emocional” que radicalizó la vida cotidiana. Para el peronismo la carestía justificó la reacción contra el “especulador” —visto como un traidor al bienestar popular—, y para la oposición esta precariedad material funcionó como la prueba física del agotamiento del experimento peronista. En esta coyuntura tan poco propicia al diálogo, la Confederación General del Trabajo

(CGT) convocó para el 15 de abril de 1953 movilizaciones en distintos puntos del país en apoyo al presidente y su gestión.¹⁰

La más importante sería la concentración en Plaza de Mayo. Los días previos, la prensa oficial —*El Líder*, *El Laborista*, *Democracia* y *La Época*— publicitaba el evento y acumulaba adhesiones: asociaciones profesionales, organizaciones de la sociedad civil, reparticiones estatales, ciudadanos individuales. La expectativa era extraordinaria. Se evocaba el mítico 17 de octubre de 1945, cuando una multitud había pedido por la libertad de Perón, y se anticipaba una "ratificación de fe peronista" que "alcanzaría niveles apoteóticos".¹¹

La convocatoria no era ajena a las tensiones políticas de esos días. El gobierno llevaba semanas en una campaña agresiva contra comerciantes acusados de violar la política de precios máximos y denunciaba una amplia conspiración; el acto debía funcionar también como respuesta a esa tensión: un ritual capaz de reafirmar emociones compartidas y hacer sentir a cada asistente como parte de una comunidad más vasta.

No hay cifras del número de personas movilizadas, pero las imágenes muestran una Plaza de Mayo repleta de hombres, mujeres y niños con carteles identificatorios. Los audios ofrecen un bullicio ensordecedor: la gente cantando la marcha peronista, vivando a Perón y a Eva. Fue un encuentro directo entre las masas y el líder, mediado por palabras cuidadosamente elegidas, pronunciadas, entonadas y potenciadas en interacciones memorables. Este contacto presencial resultaba más efectivo que el texto escrito o que la palabra emitida por radio (aunque fue transmitido por LRA Radio del Estado a todo el territorio nacional): un lenguaje emocional preciso era fundamental para alentar la lealtad y la vocación de apoyo duradero.

El presidente arrancó con un lenguaje campechano, que era habitual en el habla popular y que tanto rédito le había dado al inicio de su carrera política (James, 1990; Karush, 2013). Siempre sostuvo: "yo he hablado al pueblo, más que órdenes, he impartido consejos. Un presidente que aconseja, más que presidente es un amigo, y eso es, precisamente, lo que yo quiero ser de mi pueblo: un amigo".¹² Confía en su pueblo y, aunque parece descontar su amistad y lealtad, también parece necesitar pedirlas. Repite la idea de la reciprocidad que Eva ya había instalado en el discurso político: su sacrificio personal por haber aceptado la segunda presidencia esperaba el contradon de la lealtad del pueblo peronista (Gayol, 2020).

Luego, mientras la multitud escuchaba explotó una detonación en la entrada del subterráneo de la Línea A.¹³ Las bombas, se supo después, habían sido colocadas por estudiantes universitarios nucleados en torno a la Federación Universitaria de Buenos Aires —FUBA—, cuya participación en la trama conspirativa antiperonista venía desarrollándose desde 1951 (Bartolucci, 2018). La confusión inicial del presidente, visible en su rostro y en la interrupción de su voz, fue seguida de su acusación: "Compañeros. Estos, los mismos que hacen circular rumores todos los días, parece que hoy se han sentido más rumorosos, queriéndonos colocar una bomba".

Minutos después hubo una segunda explosión en la vidriera del bar del hotel Mayo que cambió radicalmente la escena, la semántica presidencial y su lenguaje corporal. Registros visuales muestran un primer plano de Perón de perfil, con su brazo izquierdo en alto señalando el lugar de la segunda detonación con gesto acusador, exhibiendo el brazalete de luto por Eva y que funcionará como un ancla emocional legitimante de la ira posterior. Su voz adquirió un nuevo registro: más grave, considerablemente más voluminoso.

"Compañeros [prosigue el presidente]: creo que, según se puede ir observando, vamos a tener que volver a la época de andar con el alambre de fardo en el bolsillo". La multitud estalla en "¡Perón, Perón!" y pide "¡Leña! ¡Leña!". Perón responde enfáticamente: "Eso de la leña que ustedes me aconsejan, ¿por qué no empiezan ustedes a darla?". No se trató de una improvisación desordenada: su ira —palabra que aparece en los propios documentos— emergió como respuesta moralmente justificada a una injuria y fue articulada con gestos y palabras en una política emocional precisa y deliberada.

Prosiguió con promesas amenazantes: "con referencia a los especuladores, el gobierno está decidido a hacer cumplir los precios, aunque tenga que colgarlos a todos" (todos lo dice gritando y con rabia, a todos insiste) y una imagen lo muestra de espalda con la mano derecha abierta acompañando sus palabras. La multitud celebra estas palabras, vibra. "Hasta ahora he empleado la persuasión; en adelante emplearé la represión. Y quiera Dios, quiera Dios, que las circunstancias no me lleven a tener que emplear las penas más terribles".¹⁴ Sus brazos se agitan frente a un gentío que participa con gritos y aclamaciones.

Este léxico violento era inusual en él, incluso para los años de mayor tensión de su segundo mandato (James, 1990; de Ipola, 1995; Peirone, 2023).

Con su voz de "tremenda resonancia" —como registró *Democracia* en su edición del día siguiente— Perón pidió al pueblo "velar en cada puesto con el fusil al brazo" para "combatir a los malos argentinos y a los malos peronistas y a muchos que se mueven entre nosotros disfrazados de peronistas". Reforzó la idea de una nueva etapa:

una etapa de depuración, una etapa de energía terrible para los que sigan oponiéndose a nuestro trabajo. Si para terminar con los malos de adentro y con los malos de afuera es menester que cargue ante la historia con el título de tirano, lo haré con mucho gusto.

La multitud respondió: "¡La vida por Perón!". Las explosiones habían resignificado emocionalmente la escena: de partícipes jubilosos a víctimas de un atentado criminal. La ira adquirió así el carácter de respuesta defensiva y legítima.

Perón cerró con un gesto de conducción serena: agradeció "esta maravillosa concentración, que es la fuerza viva de nuestro movimiento" y rogó que se retiraran tranquilos. La convivencia de esa calma con la violencia verbal precedente no era contradicción sino técnica: como lo expresara *Democracia*, el pueblo experimentaba "una comunicación de

sentimientos, de ideales y de amor de tal manera intensa que llega a la absoluta identificación".¹⁵ Ese era el pico de efectividad de la política emocional peronista: el líder y las masas fundidos en una sola comunidad afectiva.

1953 reviste en ese sentido una significación particular: no porque la ira, la voluntad de castigo o la legitimación del odio fueran novedades —el pasado decimonónico ofrece numerosos antecedentes, y en un ejemplo temporalmente más cercano como la campaña electoral de 1946 el diario socialista *La Vanguardia* instaba a votar "con odio a la dictadura y al continuismo que niega la razón de ser de lo argentino histórico..." (como se citó en Panella, 2004, p. 8) — sino porque ese año esas pasiones adquirieron una visibilidad pública, una densidad política y una capacidad de articulación particularmente intensas. Lo que cambió no fue la existencia de esas emociones sino su estatuto: pasaron a organizar de manera más explícita, simultánea y especular tanto las interpretaciones peronistas como las antiperonistas de los acontecimientos. El canon emocional peronista —articulado en torno a la felicidad, el amor, el dolor y el sacrificio, con sus modulaciones de orgullo y dignidad— se vio entonces entrelazado con emociones que, sin ser inéditas, adquirirían una visibilidad creciente como organizadoras de la acción colectiva (Zaragoza y Moscoso, 2017).

De la Plaza de Mayo a las hogueras: la radicalización política y sus lenguajes emocionales

Una vez finalizado el acto, grupos de manifestantes peronistas indiferentes al pedido final de Perón de retirarse "en paz a sus hogares a reflexionar", parecieron haberse hecho eco de su sugerencia de "volver a la época de andar con el alambre de fardo en el bolsillo" y empezaron a dar "leña".¹⁶

La Casa del Pueblo del Partido Socialista, la Casa Radical de la Unión Cívica Radical, el Jockey Club y la sede capital del Partido Demócrata Nacional fueron invadidos por los activistas y terminaron destruidos por las llamas. Es claro que existen discursos capaces de movilizar las pasiones, de permitirles circular y afectar ciertos cuerpos —en los términos de Sara Ahmed (2015)— impulsándolos a la acción. Es probable que la retórica encendida de Perón los haya envalentonado, pues eligieron con notable precisión los blancos sobre los que desplegar la violencia. Por lo demás, esa retórica amenazante no desentonaba con sus directivas reservadas que, mediante memorándums y decretos, alentaban la reacción de los peronistas ante cualquier alteración del orden público o tentativa de atentado (Luna, 1971). Sin embargo, reducir lo ocurrido a una mera cadena de transmisión descendente —del líder a sus seguidores— es insuficiente. La noción de efervescencia colectiva de Émile Durkheim resulta analíticamente productiva: ese estado de exaltación que emerge de la congregación física de los cuerpos, en el que las emociones individuales se amplifican, se contagian y se funden en una energía moral colectiva que trasciende cualquier voluntad

particular. Así, el tránsito de la escucha en la Plaza a la acción violenta en las calles no debe entenderse como un simple acatamiento de órdenes, sino como la activación de una autonomía gestada en la propia vibración sensorial de la multitud. La efervescencia comenzó a incubarse en el contacto físico de los cuerpos y se cargó de una "ira defensiva" tras las explosiones que transformaron la multitud festiva a comunidad agraviada que exigía reparación. Al validar el grito de "¡Leña!" y devolver la iniciativa a los presentes —"¿por qué no empiezan ustedes a darla?"—, Perón operó una transferencia de agencia que envalentonó a los manifestantes en un contexto que ya venía marcado por tensiones crecientes y repertorios previos de confrontación

Al abandonar la Plaza, la efervescencia colectiva adquirió una dinámica propia: la convicción de estar ejerciendo una "justicia popular" y los encuentros fortuitos con otros cuerpos en movimiento permitieron que la multitud actuara con cierta independencia, ignorando el pedido final de calma del presidente para ejecutar lo que ya sentían como un deber cívico de venganza. La conexión corporal, la proximidad física y las interacciones encadenadas generaron afectos que operaron más allá del cálculo racional del líder y revelan la autonomía relativa de las dinámicas emocionales en contextos de alta polarización: las emociones colectivas no son necesariamente derrames verticales desde arriba hacia las bases, sino procesos con lógicas propias en los que la multitud, el espacio y la contigüidad de los cuerpos producen afectos que escapan a todo control directo.

Según *Democracia*, la destrucción material nació de la ira por las amenazas a la integridad física y de los ataques a la reputación recibidos por partida doble: primero el "ataque criminal" con las bombas mientras Perón hablaba y después, cuando los manifestantes "voceaban su entusiasmo" por la calle Rivadavia, una "silbatina" frente a la Casa del Pueblo fue respondida con "tiros que en gran profusión se dispararon contra la multitud desde el interior". El "furor del pueblo", prosigue el periódico, no se aplacó con la venganza inicial; núcleos de exaltados siguieron "decididos a vengar de una vez por todas sus bajas de la Plaza de Mayo".¹⁷

Democracia fue especialmente explícito en su celebración de la violencia. Eligió títulos significativos: "Hoguera reparadora", "Llamas de purificación", "¡Tremenda decisión de un Pueblo Herido a Mansalva!", "Basta!". Inundó sus páginas con la palabra ira para narrar los sucesos y la entrelazó con las palabras rabia y venganza.¹⁸ La ira que narra es razonada, moral y justa: responde a una injuria recibida y expresa la voluntad colectiva de restaurar el equilibrio moral quebrantado. Esta ira, en la perspectiva peronista, no es patológica sino virtuosa: nace del deber de responder a un acto inmoral, del reconocimiento de una injusticia, de la voluntad de defenderse. Los manifestantes, se lee, reciben apoyo "para su venganza" de las "casas vecinas" a la Casa del Pueblo y de los "automovilistas que pasaban" para "iniciar la hoguera" y, luego, se suman "buena parte de los servidores de la Casa" (se refiere a los empleados del Jockey Club). En una clara intención de atribuir la

cadena de sucesos y de violencia reparatoria a toda la nación, el periódico exhibe un interés particular en mostrar la virilidad y la hombría del pueblo peronista que se oponía a “los agresores que huyen presumiblemente por una salida” alemana —en referencia a los socialistas—, o a la “fuga de los socios del Jockey Club” cuando vieron a los peronistas movilizados. La ira peronista no degenera en iracundia descontrolada: los peronistas no aparecen con gestos enloquecidos sino con sus cuerpos alegres, solidarios, satisfechos por el deber cumplido. En efecto, 1953 cristaliza esta lógica en una escena de gran intensidad y de amplia circulación pública cuya reiterada evocación por los contemporáneos contribuyó a fijar su gramática moral en la memoria peronista y, como veremos en el próximo apartado, la opositora.

Las imágenes oficiales de días posteriores refuerzan esta narrativa: hombres y mujeres en actitudes sonrientes, participando en actos partidarios, “habituales”. La Argentina feliz. El propio Perón aparece el 16 de abril en una fotografía con su sonrisa radiante y sus brazos “abiertos y generosos”, como interpreta el epígrafe de una de las imágenes, para fundirse con el pueblo.¹⁹ Estos gestos del líder se amalgaman con acciones que vienen a ratificar la sensibilidad propia, diferente del peronismo en relación con las otras organizaciones políticas argentinas: el presidente Juan Perón visita en el hospital a los heridos por las bombas, dialoga y toca a las víctimas, el gobierno brinda ayuda material a los accidentados y sus familiares. Como recordará apenas quince días después en su discurso por el 1° de mayo: “para nosotros, hombres del pueblo, vale más la vida de un trabajador que todos los edificios de Buenos Aires”.²⁰

Todo bajo control, pues la ira peronista, al fin y al cabo, una vez que se expresa para restituir la moral e impartir justicia, se aleja de la escena. La ira, entendida como un aspecto de la ciudadanía y como garantía de justicia democrática, era parte de la respuesta afectiva que los peronistas habían desplegado ante la agresión y estarían dispuestos nuevamente a mostrar.²¹ La ira colectiva como virtud cívica y acto de justicia popular no era obviamente una invención peronista. Aparece, con variaciones, en los fascismos europeos que celebraban la violencia purificadora, o también en las revoluciones latinoamericanas del siglo XIX que santificaban la cólera del pueblo o en los populismos contemporáneos que presentan la ira de sus bases como respuesta legítima al agravio de las élites. Lo específicamente peronista no era la lógica emocional sino su intensidad y su simetría: el polo opositor generaba emociones igualmente viscerales, también capaces de movilizar cuerpos y justificar violencias.

La iracundia de Perón: lecturas antiperonistas de la crisis

¿Hablamos de la ira o de iras distintas? La ira que nace del reconocimiento de una injusticia y busca restaurar un equilibrio moral quebrantado no remite a la misma experiencia que la que emerge del resentimiento acumulado, del odio o del miedo a perder lo que se tiene. Son constelaciones emocionales

distintas —con objetos, intensidades y efectos sobre la acción que no son comparables— aunque el lenguaje las designe con la misma palabra. Y sin embargo, comparten una propiedad que justifica nombrarlas así pues en contextos de polarización afectiva intensa, ambas funcionan como lenguajes de legitimación de la violencia. Lo que las distingue es su codificación moral: quién tiene derecho a sentirla, cómo debe expresarse, qué acción habilita. Es precisamente esa codificación lo que convierte a la ira en un campo de batalla política y revela cómo la polarización afectiva organiza, en interacción, repertorios emocionales antagónicos.

La política emocional que el peronismo construyó como ira virtuosa —justificada, moralmente correcta, defensiva— fue interpretada de manera radicalmente opuesta por el antiperonismo. Esa diferencia no era meramente interpretativa: señalaba dos matrices emocionales antagónicas. Para el amplio abanico opositor, Perón estaba preso de su propia iracundia, y esa iracundia revelaba tanto un estado mental permanente del presidente como una prueba de aislamiento y descomposición de su gobierno.

Esta lectura se alimentaba de sospechas, agravios y relatos acumulados durante varios años, con antecedentes puntuales en el levantamiento de Menéndez y en el intento de asesinar a Perón en 1951, así como en el dilatado funeral por la muerte de Eva en 1952, que encontraron en la secuencia de 1953 un nuevo soporte emocional y narrativo.

Así, todo el espectro opositor —diarios no oficialistas, intelectuales, dirigentes— condenó los atentados, pero los inscribió en una temporalidad política más larga cuya responsabilidad, acusaban, recaía en el propio Perón. Una cadena que arrancaba el 1° de abril, proseguía el 9 en un mensaje radial, se intensificaba el 15 desde los balcones de la Casa de Gobierno ante una multitud y se completaba el 1° de mayo en dos instancias: el discurso de apertura de las sesiones del Congreso y la alocución por el día del trabajador. En esa causación rigurosa, el énfasis opositor recaía sobre el léxico agresivo —un vocabulario que "pasará a la historia"—, sobre los gestos corporales y sobre las acciones que encarnaban una pasión desbordada y peligrosa.²² Perón había acusado esos días de "especuladores, ladrones, traidores y agentes del sabotaje" a quienes encarecían los precios; instó a que los peronistas llevaran "alambres para colgar a los oligarcas"; habló de "17 millones de estúpidos" (casi la población total de la argentina de entonces) que se dejaban robar; confesó estar "rodeado de alcahuetes y coimeros" y declaró estar "dispuesto a liderar la quema y la fogata" de ser necesario. En las lecturas antiperonistas esta secuencia no se reducía al registro verbal y apelaba al cuerpo y la voz de Perón que se volvieron soportes importantes de la percepción de la crisis. La "iracundia presidencial" fue descrita en editoriales y crónicas como un estado de desborde visible en el rostro contraído, en los ademanes enfáticos de sus brazos y en un tono chillón, "grosero, de palabras "chabacanas". La voz, memorable en el universo peronista, mostraba aquí menos una cualidad neutra del timbre que una lectura política y moral del líder: una voz y un lenguaje corporal que insultaba, que humillaba o excedía los códigos

aceptables de la vida pública. En los días y semanas posteriores al 15 de abril de 1953, estas descripciones se reiteran: textos opositores se detienen en el volumen, el ritmo y la gestualidad del discurso presidencial para presentarlos como síntomas de una escena política atravesada por una violencia emocional peligrosa. La "narrativa incendiaria" de Perón no era leída como estrategia política sino como síntoma de un líder fagocitado por su propia ira.

La editorial de *El Sol* —periódico del Partido Socialista de Uruguay que brindaba generoso espacio a los socialistas argentinos en el exilio y a opositores en general— afirmó que los "últimos discursos de Perón revelan en el dictador argentino un estado de ánimo y hasta un desarreglo mental que reclaman la intervención de un psiquiatra".²³ La insania del presidente era síntoma de una decadencia más vasta: la "plena descomposición" del peronismo, que encontraba su evidencia en la cadena de renunciaciones de figuras de primera línea —Domingo Mercante, el "corazón de Perón"; el secretario de Trabajo José Freire; y el líder de la CGT José Espejo— y en la renuncia y dudosa muerte posterior del secretario privado del presidente, Juan Duarte, hermano de Eva.

Cabe señalar, sin embargo, que la ira, el recelo y la indignación de Perón —e incluso el miedo que sentía el presidente, como algunas publicaciones deslizaban entre líneas— no eran meras construcciones retóricas, tampoco lenguajes emocionales vacíos, ni delirios de un poder en retirada. Se nutrían de una trama conspirativa real. Los atentados de abril de 1953, en este caso perpetrados por grupos de nacionalistas extremos, no se detuvieron allí, sino que continuaron y se multiplicaron en los años siguientes hasta desembocar en el bombardeo de Plaza de Mayo de junio de 1955.²⁴ Lo que el antiperonismo leía como señal de descomposición era, al mismo tiempo, la reacción de un gobierno que sabía que lo querían derrocar y cuyo presidente ya había sido objeto de intentos de asesinato. La secuencia de atentados, sabotajes y violencia política no comenzó ese año, aunque fue entonces cuando se intensificó la percepción de amenaza recíproca y se reforzó, en ambos contendientes, la idea de que el conflicto había adquirido un carácter cada vez menos negociable.

El recurso al lenguaje médico-psiquiátrico para deslegitimar a Perón era una doble operación: patologiza la emoción y desplaza el conflicto político al terreno de la oposición entre "razón" y "locura". La iracundia presidencial no solo resultaba perjudicial para el propio líder; se presentaba como prueba de la destrucción que su gobierno estimulaba. "Turbas incendiarias", se lee en las crónicas no peronistas: los incendios del 15 de abril eran, según la cobertura opositora, actos dirigidos al "aniquilamiento de la democracia y la expatriación de la libertad".²⁵ En el fondo de esta lectura late una concepción profundamente arraigada en la tradición liberal para la cual la ira es un sentimiento indeseable —preludio de conductas irracionales y espirales de violencia— que debe ser contenida, aplacada e idealmente desterrada del espacio público. Es precisamente esa propiedad —su potencial disruptivo, su incompatibilidad con los códigos de la deliberación racional— la que vuelve

a la ira políticamente inconveniente en la modernidad democrática. Fue este marco el que orientó las lecturas predominantes fuera del peronismo y que contribuyó a distinguir, en la práctica, entre polarización ideológica y polarización afectiva: la primera presentada como debate razonable; la segunda, como desbordes emocionales que ponían en riesgo la convivencia política y social.

Pero ese marco no era únicamente intelectual: producía también un clima emocional propio, en antagonismo directo con el peronismo. Donde este celebraba la ira virtuosa, el antiperonismo la condenaba, y en ese rechazo articulaba una constelación afectiva diferente: desconcierto, miedo, desconfianza y repulsión. Emociones que no se sumaban simplemente, sino que se retroalimentaban, complejizándose y sedimentándose en capas sucesivas.

El desconcierto era la expresión emocional de quienes no lograban comprender cómo un presidente elegido democráticamente podía comportarse de manera tan amenazante, tan ajena a los códigos elementales de la convivencia política. ¿Cómo sostener el diálogo con quien amenaza con colgar a sus opositores? ¿Cómo negociar con quien se declara dispuesto a erigirse en tirano? La pregunta no era retórica: revelaba una fractura en el horizonte de inteligibilidad del adversario, la sensación de estar ante algo que ya no podía ser asimilado por los marcos habituales de la política.

El miedo tenía, a su vez, un perfil dual. Había un miedo inmediato, el de sufrir violencia material, el que producían los atentados, los incendios, la brutalidad desplegada en las calles.²⁶ Y había un miedo de otro orden, más difuso, pero no menos poderoso: el miedo político ante un sistema de poder que, estaban convencidos, avanzaba sostenidamente hacia formas cada vez más herméticas de dominación, cancelando las mediaciones institucionales y los espacios de contestación. Un miedo que, según los actores y los momentos, podía tanto inmovilizar como empujar a la acción, y que en el caso de los sectores más radicalizados del antiperonismo funcionó, precisamente, como justificación de la violencia.

La desconfianza operaba en múltiples registros simultáneos: desconfianza en que Perón acataría las normas institucionales, en que el gobierno toleraría la contestación política, en que había margen para la negociación. Esta disposición se lee en informes diplomáticos, en testimonios de exiliados, en los panfletos clandestinos que circulaban en los espacios de sociabilidad de las élites opositoras y de sectores de la clase media urbana. Pero la desconfianza no era solo reacción defensiva ante lo desconocido: hundía sus raíces en la experiencia acumulada, en la certeza construida históricamente de tratos considerados fundamentalmente injustos.²⁷ En la política de masas moderna, como ha señalado Ute Frevert (2024), la confianza y la desconfianza son las dos caras de un mismo dispositivo afectivo: la confianza interna de un grupo se construye siempre en paralelo a una desconfianza profunda hacia quienes quedan afuera, cuyos intereses y motivos son percibidos como hostiles e irremediabilmente opuestos. Y cuando esa lealtad es traicionada

—o se la percibe como tal— la desconfianza no solo se instala, sino que se vuelve irreversible. El arco opositor ya no solo recelaba del peronismo, sino que había edificado un esquema interpretativo en el que cada acción gubernamental confirmaba una malicia esencial, una voluntad de dominio totalitario. Y esa desconfianza se entrelazaba con un resentimiento más hondo: enraizado en el agravio acumulado, en la demanda no satisfecha de reconocimiento, en la sensación de exclusión sistemática.²⁸

Todo eso —el desconcierto, el miedo, la desconfianza, el resentimiento— desemboca en algo más radical: cuando las acciones del adversario dejan de leerse en términos de desacuerdo y comienzan a leerse en términos de malicia existencial, emociones como el asco y la repulsión dejan de ser reacciones y se convierten en imperativos para la acción política. El antiperonismo no simplemente "rechazaba" al peronismo y se le oponía con ahínco, había edificado un esquema interpretativo en el que Perón representaba una amenaza cuya continuidad en el poder era incompatible con la supervivencia misma del proyecto opositor.²⁹ Ya no había margen para la negociación ni para el compromiso, solo para la derrota o el derrumbe del adversario. Esa constelación emocional no se cerró con los sucesos de abril: se sedimentó, se acumuló en capas y siguió operando como principio organizador de la acción opositora en los dos años que separaban ese acontecimiento del golpe de septiembre de 1955.

El acontecimiento y sus huellas emocionales

La iracundia del presidente y los destrozos materiales no agotaron el impacto del acontecimiento que, como sostiene François Dosse (2024), implicó su interiorización singular en distintos actores de la sociedad. Durante varias horas se paralizó gran parte de Buenos Aires, mientras la información sobre lo ocurrido se propagaba velozmente a través de radios y publicaciones periódicas del continente, entrelazada con rumores y noticias falsas. Todo ello contribuyó a una experiencia social a la vez extraña y contradictoria: por un lado, se percibía como una nueva expresión del "totalitarismo" peronista que diversos sectores locales y transnacionales venían denunciando y combatiendo desde hacía tiempo; por otro, como la interrupción inusitada de ese orden y el alumbramiento de posibilidades de acción política. Los sucesos reorganizaron percepciones, intensificaron sensibilidades previas y volvieron más inteligibles ciertos caminos de acción y formas de involucramiento. Un momento de condensación en el que los sentidos se reordenan, lo latente deviene más visible y nuevas interpretaciones se sedimentan en los actores políticos.

Sin duda la experiencia no fue idéntica para todos, y si resulta imposible universalizarla, tampoco puede soslayarse su dimensión emotiva. En las declaraciones de esos días en los medios de comunicación extranjeros, en las memorias de algunos protagonistas de ese momento, en los registros de quienes fueron actores clave en el derrocamiento de Perón en septiembre de

1955, los sucesos de abril de 1953 dejaron una huella profunda. La destrucción material, los heridos y los muertos —cuyo número sigue siendo incierto— se integraron en la construcción simbólica de sentido sobre la naturaleza abyecta y destructiva del peronismo. A medida que transcurrían esos días de abril, los hechos fueron adquiriendo una significación y un espesor inesperados al punto de transformar el clima emocional, el estado de ánimo predominante en los grupos antiperonistas —y posiblemente también en sectores amplios de la sociedad— que comenzaron a avizorar cambios más profundos: la radicalización —entendida como salida extrainstitucional para solucionar la crisis— ya era una opción ampliamente compartida y halló en esta nueva coyuntura un nuevo impulso. Esa radicalización encontró sus cauces organizativos en redes clandestinas de resistencia civil —con imprentas ocultas, correos tabicados y comandos armados— cuya formación y dinámica se desarrolló con intensidad creciente entre 1954 y 1955 (Bartolucci, 2018). Esta radicalización, así como también la justificación de la violencia como forma de resistencia, se anudó con una intensa fluctuación afectiva —entre el miedo y la esperanza, el resentimiento y el odio al presidente— que reflejaba, al tiempo que alimentaba, la profundidad de la división política y social.

Mirados en perspectiva, los dichos y acciones del presidente, los actos de violencia que siguieron a la movilización en Plaza de Mayo y la reacción del conglomerado opositor fueron cobrando una magnitud creciente. Su impacto en estos actores no se agotó en el momento, sino que siguió sedimentándose, formando parte de su comprensión de la realidad política (Didier, 2004). Los sucesos de abril de 1953 volvieron como espectro en la ira purificadora de los golpistas de 1955.³⁰ El incidente de la quema de la bandera argentina en junio de 1955, durante la festividad de Corpus Christi y en plena escalada del conflicto entre el gobierno peronista y la Iglesia católica, no solo se convirtió en un episodio emblemático de la confrontación política y religiosa de la época —manipulado por ambas partes—, sino que, y esto es lo que importa subrayar, produjo el retorno a primer plano de las quemaduras de 1953. En los panfletos clandestinos que instaban a la rebelión y al derrocamiento, anteriores al bombardeo de junio de 1955 y hasta septiembre de ese año, aparecían referencias directas a las "quemaduras del '53", al discurso de Perón del 1° de mayo de 1953 así como frases atribuidas al presidente alentando la hoguera contra los opositores.³¹ Esta evocación por parte de quienes impulsaron el golpe militar tenía, por supuesto, la intención de construir una justificación histórica, política y emocional para la ruptura institucional; pero al mismo tiempo muestra cómo ese acontecimiento quedó disponible como reserva de sentido, como repertorio emocional y como argumento legitimador en una trayectoria más larga de radicalización opositora.³²

Gran parte de los registros que describen la "repulsión somática" ante la figura presidencial —memorias, panfletos y testimonios biográficos— fueron escritos en su mayoría en 1955 o con posterioridad al derrocamiento; en este artículo los abordamos no como reflejos objetivos de la realidad sino como indicadores de la sedimentación de un clima emocional y de los modos en que

ciertos actores reordenaron retrospectivamente su experiencia del conflicto.³³ Así es como en las narrativas evocativas previas al golpe de 1955, o inmediatamente posteriores, el presidente no solo había perdido la razón: su voz había dejado de ser "chillona" o "desequilibrada" —como se la describía en 1953— para volverse "aborrecible". El desplazamiento es significativo y no constituye un simple error de memoria. Calificar de "aborrecible" la voz de Perón, especialmente la transmitida por el éter, no es un juicio sobre su contenido sino sobre su efecto sensorial y afectivo: esa voz provocaba en quienes la escuchaban un sentimiento de rechazo profundo, de aversión física, de repulsión que antecedió a cualquier juicio sobre su contenido.

Los panfletos clandestinos permiten rastrear con precisión ese desplazamiento. Comenzaron a circular masivamente recién en noviembre-diciembre de 1954, detonados por el conflicto entre el gobierno peronista y la Iglesia católica (Lafiandra, 1955). Pero la gramática emocional que desplegaron —la repulsión ante Perón, la patologización de su figura, la convicción de estar ante un régimen en descomposición— no nació en 1954: ya estaba sedimentada desde los eventos de 1953. Los panfletos la activaron, la articularon y la hicieron circular en un nuevo soporte, pero sus contenidos emocionales tenían capas más antiguas. Por ejemplo, así aparece en el panfleto "El gran payaso de la historia", que describe al presidente como un "payaso trágico" ante cuya voz "las Fuerzas Armadas, la Policía, la Gendarmería Nacional tienen náuseas", y concluye con una fórmula que cristaliza el punto de llegada de ese proceso de sedimentación: "Tú eres para ella el tirano aborrecible" (Lafiandra, 1955, p. 102). El cuerpo de Perón, su voz, sus gestos, su figura, ya no era leído en clave política, sino que definitivamente era objeto de asco y repulsión visceral.

Ya en el funeral de Eva en 1952, memorias antiperonistas registran una experiencia de saturación sensorial: el olor de las flores, el volumen de las masas merodeando en las calles, la omnipresencia del duelo que se infiltraba hasta en los espacios más íntimos (Gayol, 2023). Y después del golpe del '55, múltiples testimonios evocan el alivio de "poder controlar el dial de la radio", de no estar obligados a escuchar la voz del presidente en cada comercio, en cada lugar de trabajo, en cada espacio público. La voz de Perón transmitida por LRA Radio del Estado no constituía un mero vehículo de contenido político: era una presencia física en el espacio íntimo. Cuando esa incursión se volvió insoportable, la ruptura institucional pudo presentarse no solo como una opción política, sino también como una necesidad sentida en el plano corporal. La voz se había convertido en símbolo condensador de todo lo que se rechazaba del peronismo. Y en el curso de 1955 la constelación emocional antiperonista incorporó en su fase final una dimensión hasta aquí menos visible: una emocionalidad religiosa que transformó la repulsión política en imperativo sagrado. El antiperonismo de base católica —organizador principal del panfletismo clandestino— no desplegó solo miedo, desconfianza y repulsión: convocó también al martirio y al sacrificio como deberes espirituales. Los panfletistas que imprimían de noche, y dormían

intranquilos, y arriesgaban su libertad se percibían a sí mismos como mártires de una causa santa: su resistencia era, a la vez, acto político y obligación de conciencia. Esta "mística de la libertad" añadía a la constelación afectiva opositora una fuente trascendente que la volvía especialmente impermeable a cualquier negociación.

La polarización afectiva había descendido a un nivel prereflexivo: el cuerpo del antiperonista reaccionaba a la voz antes de que la mente evaluara el argumento. Cuando la emoción opera en ese registro —el del estímulo sensorial que desencadena una respuesta visceral— la distancia política se ha vuelto también distancia somática. La ira ya no es el nombre de una valoración moral: es una inscripción corporal.

Para este punto, la polarización afectiva era total. La repulsión no se limitaba al presidente: se extendía a figuras de su entorno más próximo y piezas clave del gobierno —como Ángel Borlenghi y Raúl Apold, blanco de panfletos con insultos antisemitas en un marco de conflictividad política aguda— señales de que el asco ya no reconocía límites personales, sino que saturaba al peronismo en su conjunto. En los momentos previos y posteriores al derrocamiento de Perón, movilizaciones masivas, enfrentamientos abiertos, episodios de violencia material y simbólica, expresaron un estado de fractura social profunda, de odio y de regocijo simultáneos. Esta articulación entre lenguaje emocional y práctica política constituye un ejemplo de cómo operó la polarización afectiva en la Argentina de los años cincuenta: las diferencias políticas no desaparecieron, pero quedaron cada vez más tramadas con antagonismos emocionales que muchos actores experimentaban como irreconciliables.³⁴

Consideraciones finales

Los sucesos del 15 de abril de 1953 visibilizaron y politizaron lenguajes emocionales públicamente aceptables, capaces de articular posiciones y justificar acciones. Lo que hasta entonces circulaba en registros fragmentados o privados se volvió más legible, más articulado, más legítimo y disponible como discurso político organizado, capaz de movilizar y orientar la acción colectiva. En ese sentido, 1953 operó menos como un punto de origen absoluto que como un umbral de intensificación: el momento en que la ira, el miedo, el odio, la desconfianza y la repulsión dejaron de ser pasiones ocasionales para convertirse en principios organizadores explícitos de la vida política.

El análisis de ese proceso revela, ante todo, la profundidad estructural de la polarización afectiva. Los mismos hechos —las bombas, el discurso presidencial, los incendios— fueron leídos desde marcos emocionales radicalmente incompatibles. Para el peronismo, la ira del presidente era respuesta moral proporcional a la injuria recibida, y los incendios, purificación necesaria del cuerpo político. Para el antiperonismo, esa misma ira era síntoma de descomposición del líder y las llamas, barbarie totalitaria. Ambas interpretaciones eran internamente coherentes, pero construían

inteligibilidades saturadas de afecto que hacían imposible un terreno común de sentido. La polarización afectiva no era, entonces, un problema de comunicación o de déficit informativo: era una incompatibilidad profunda en los modos de valorar moralmente lo real, de distinguir lo justo de lo injusto, lo tolerable de lo intolerable. Las emociones no son el reverso irracional de la política sino formas de conocimiento y de evaluación que dan inteligibilidad a los hechos. Por eso, distinguir entre polarización política y polarización afectiva no implica oponer sin más ideas y emociones, ni suponer que una sustituye históricamente a la otra. En el caso estudiado, los desacuerdos sobre instituciones, legitimidades, tradiciones e identidades quedaron tramados con distancias afectivas que estrecharon el margen del compromiso, la deliberación y el consenso. Lo que separaba a ambas posiciones era la codificación moral diferencial de las mismas emociones —quién tenía derecho a sentir ira, cómo debía expresarse y qué acciones habilitaba— y esta incompatibilidad operaba no solo en el nivel de las ideas sino también en el registro sensorial y prereflexivo, en el cuerpo que reacciona y se afecta.

Frente a la tesis de Illouz que reserva la intensidad emocional al polo populista y atribuye a sus adversarios liberales una frialdad procedimental que los vuelve políticamente vulnerables y alejados de los sentires populares, el caso argentino muestra que esa oposición no se sostiene empíricamente: el antiperonismo que se autodefinía como racional, institucional y democrático era también una comunidad emocional tan intensa y tan afectivamente movilizada como el peronismo que denunciaba. El recurso al lenguaje médico-psiquiátrico para describir la ira de Perón —"necesita un psiquiatra"— es precisamente esa operación: patologizar la emoción del adversario para no reconocer la propia. Los adversarios del peronismo también tenían una vida emocional articulada en la constelación de desconfianza, miedo, resentimiento y repulsión que contribuyó a redefinir los márgenes de lo políticamente pensable. Las emociones acumuladas desde 1953 no predeterminaron el golpe, pero prepararon el terreno emocional que lo hizo concebible, justificable y moralmente aceptable para amplios sectores de la sociedad argentina. La ruptura institucional de septiembre de 1955 no fue un punto de partida, sino un momento de condensación: la convergencia de sentimientos construidos durante años de confrontación creciente. Las comunidades emocionales que se configuraron en 1953 —con sus valoraciones radicalmente opuestas sobre qué emociones eran legítimas, qué acciones eran justificables y qué formas de violencia eran aceptables— no se disolvieron con el derrocamiento de Perón. Se sedimentaron en la memoria política argentina como repertorios afectivos que reaparecerían, reconfigurados, en momentos posteriores de crisis y polarización. La mayoría de las confrontaciones afectivas intensas son coyunturales: se producen en crisis y se atenúan cuando la crisis pasa. La polarización peronismo-antiperonismo exhibió, en cambio, una capacidad de sedimentación generacional casi imperecedera que distingue al caso argentino de

polarizaciones comparables en otros contextos nacionales y que merece ser interrogada en futuras investigaciones.

Comprender esta historia emocional puede ayudar a pensar cómo las emociones estructuran la política en sociedades profundamente divididas: cómo se forman comunidades afectivas impermeables al diálogo, cómo el adversario se transforma gradualmente en amenaza vital, cómo la distancia emocional entre grupos puede erosionar, lentamente, pero con eficacia, las bases de la convivencia democrática y pacífica.

Referencias

- Adrover, F. (2020). El peronismo y las derechas uruguayas (1947-1955). *Anuario IEHS*, 35(1), 75-99. <https://ojs2.fch.unicen.edu.ar/ojs-3.1.0/index.php/anuario-ies/article/view/636>
- Adrover, F. (2023). La movilización antitotalitaria y las miradas sobre el peronismo desde Uruguay, 1936-1955. En M. Broquetas y G. Caetano (Coords.), *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay: Vol. 2. Guerra Fría, reacción y dictadura* (pp. 117-133). Ediciones de la Banda Oriental.
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones* (C. Olivares, Trad.). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arbaiza, M. (2018). "Sentir el cuerpo": subjetividad y política en la sociedad de masas en España (1890-1936). *Política y Sociedad*, 55(1), 71-92. <https://doi.org/10.5209/POSO.56798>
- Azzolini, N. (2016). Enemigos íntimos: peronismo, antiperonismo y polarización política en Argentina (1945-1955). *Identidades*, 6(2), 142-159. <https://iidentidadess.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/05/8-azzolini-dossier-2-identidades-2016.pdf>
- Bartolucci, M. (2018). La resistencia antiperonista: clandestinidad y violencia. Los comandos civiles revolucionarios en Argentina, 1954-1955. *Páginas*, 10(24), 74-94. <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/310/423>
- Besoky, J. L. (2018). Cultura política e identidad en el peronismo de derecha. *Historiæ*, 9(2), 93-111. <https://periodicos.furg.br/hist/article/view/8505>
- Bjerg, M. y Gayol, S. (2024). "We strive to make the people a little happier every day": Political discourse and practices of happiness in Brazil and Argentina in mid-twentieth century. En K. Barclay, D. M. McMahon y P. Stearns (Eds.), *History of Happiness* (pp. 287-305). Routledge.
- Boizard, R. (1955). *Esa noche de Perón*.
- Cely Ávila, F. E. (2024). Desconfianza. En A. González Ramos y G. Velasco Arias (Eds.), *Atlas político de las emociones* (pp. 167-174). Trotta.

de Ipola, E. (1995). Desde estos mismos balcones. Nota sobre el discurso de Perón del 17 de octubre de 1945. En J. C. Torre (Comp.), *17 de octubre de 1945* (pp. 131-147). Ariel.

de Rivera, J. (1992). Emotional climate: Social structure and emotional dynamics. En K. T. Strongman (Ed.), *International review of studies on emotion* (Vol. 2, pp. 197-218). John Wiley & Sons.

del Carril, B. (1959). *Crónica interna de la Revolución Libertadora*. B. del Carril.

Didier, A. (2004). Le parfait de l'événement. En D. Alexandre, M. Frédéric, S. Parent y M. Touret (Eds.), *¿Que se passe-t-il?: événement, sciences humaines et littérature* (pp. 177-197). Presses Universitaires de Rennes.

Dosse, F. (2024). *El renacer del acontecimiento. Un desafío para el historiador: entre Esfinge y Fénix*. El Cuenco del Plata.

Flores, J. (1956). *Operación rosa negra*. Errele.

Frevert, U. (2024). *Writing the history of emotions*. Bloomsbury.

García Holgado, B. (2014). Apuntes sobre el exilio antiperonista en Montevideo entre 1943 y 1945. *Colección*, (24), 11-35. <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/6545>

García Sebastiani, M. (2005). *Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Prometeo.

Garzón Rogé, M. (2016). De qué es cuestión: la interacción entre legisladores peronistas y antiperonistas. *Identidades*, 6(11), 67-79. <https://iidentidadess.files.wordpress.com/2015/07/4-identidades-11-6-2016-garzc3b3n-rogc3a9.pdf>

Gayol, S. (2020). La otra cara de la felicidad: dolor y martirio en el peronismo clásico. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20(1), 1-14. <https://doi.org/10.24215/2314257Xe110>

Gayol, S. (2023). *La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista*. Fondo de Cultura Económica

Gayol, S. (2024). La cara de Perón: emociones y polarización política en Argentina. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 54(1), 351-358. <https://doi.org/10.4000/11r3l>

Gayol, S. (2025). Ondas rebeldes: espacio sonoro transfronterizo, antiperonismo y Revolución Libertadora. *Prácticas de Oficio*, (35), 19-40. <https://revistas.ungs.edu.ar/index.php/po/article/view/1244>

Gayol, S. (2026). *Promesas de felicidad, dignidad y grandeza: emociones políticas y polarización en los procesos de ampliación de la ciudadanía latinoamericana (1930-1955)* [conferencia]. Universidad Nacional Autónoma de México. <https://www.youtube.com/watch?v=p8-3lLiL0pg&t=155s>

Illouz, E. (2023). *La vida emocional del populismo: cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*. Katz.

Iyengar, S., Lelkes, Y., Levendusky, M., Malhotra, N. y Westwood, S. J. (2019). The origins and consequences of affective polarization in the United States. *Annual Review of Political Science*, 22, 129–146. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-051117-073034>

James, D. (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Sudamericana.

Karush, M. (2013). *Cultura de clase: radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920–1946)*. Ariel. (Original publicado en 2012).

Kessler, G. y Vommaro, G. (2025). *La era del hartazgo. Líderes disruptivos, polarización y antipolítica en América Latina*. Siglo XXI.

Lafiandra, F. (1955). *Los panfletos: su aporte a la Revolución Libertadora*. Itinerarium.

Luna, F. (1971). *El 45: crónica de un año decisivo*. Sudamericana.

McCoy, J. y Somer, M. (2019). Toward a theory of pernicious polarization and how it harms democracies: Comparative evidence and possible remedies. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 681(1), 234–271. <https://doi.org/10.1177/0002716218818782>

Meléndez, C. (2022). *The post-partisans: Anti-partisans, anti-establishment identifiers, and apartisans in Latin America*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108694308>

Nussbaum, M. (2001). *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Paidós.

Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Paidós.

Páez, D., Ruiz, J. I., Gailly, O., Kornblit, A., Wiesenfeld, E. y Vidal, C. M. (1996). Trauma político y clima emocional: una investigación transcultural. *Psicología Política*, (12), 47–69. <https://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N12-3.pdf>

Panella, C. (2004). La Vanguardia y el surgimiento del peronismo (1943–1945). *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, (4), 143–159. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3252/pr.3252.pdf

Peirone, A. (2023). *Organizar imaginar. Una sociología de las cartas a Perón*. Universidad Nacional de San Martín.

Pizzorno, P. (2016). De los senderos que se bifurcan: orígenes y trayectorias de la identidad antiperonista (1943-1949) [tesis de maestría]. Universidad Nacional de San Martín.

https://ri.unsam.edu.ar/bitstream/123456789/792/1/TMAG_IDAES_2016_PPI.PDF

Pizzorno, P. (2020). Sobre antiperonismo y radicalización política: la oposición al estado de guerra interno (1951-1955). *Quinto Sol*, 24(3), 139-157. <https://doi.org/10.19137/qs.v24i3.3837>

Pizzorno, P. (2022). La disputa radical: unionistas e intransigentes en los años peronistas (1946-1955). *Temas y Debates*, (43), 175-200. <https://doi.org/10.35305/tyd.vi43.591>

Polletta, F. y Amenta, E. (2001). Conclusions: Second that emotion? Lessons from once-novel concepts in social movement studies. En J. Goodwin, J. Jasper y F. Polletta (Eds.), *Passionate politics: Emotions and social movements* (pp. 303-316). University of Chicago Press.

Pulfer, D. (2025). Notas en torno a la gubernamentalidad "libertadora". *Prácticas De Oficio. Investigación Y reflexión En Ciencias Sociales*, (35), 57-75. <https://revistas.ungs.edu.ar/index.php/po/article/view/1304>

Radio Base Naval Puerto Belgrano. (1957). *La voz de la libertad: 16-23 setiembre 1955*. Colombo.

Rosenwein, B. (2006). *Emotional Communities in the Early Middle Ages*. Cornell University Press.

Rosenwein, B. (2010). Problems and methods in the history of emotions. *Passions in Context*, 1(1), 1-33.

Rosenwein, B. (2020). *Anger: the conflicted history of an emotion*. Duke University Press.

Ruiz Moreno, I. (1994). *La revolución del 55* (Vols. 1-2). Emecé.

Sewell, W. H. (1996). Historical events as transformations of structures: Inventing revolution at the Bastille. *Theory and Society*, 25(6), 841-881. <https://www.jstor.org/stable/657830>

Spinelli, M. E. (2005). *Los vencedores vencidos: el antiperonismo y la "Revolución Libertadora"*. Biblos.

Spinelli, M. E. (2013). *De antiperonistas a peronistas revolucionarios: las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973)*. Sudamericana.

Tackett, T. (2004). *Le Roi s'enfuit: Varennes et l'origine de la Terreur*. La Découverte.

Tackett, T. (2016). *El terror en la Revolución Francesa*. Alianza Editorial.

Tackett, T. (2025). *Jours de gloire et de tristesse. Une histoire extraordinaire de la Révolution par un Parisien ordinaire*. Albin Michel.

Tcach, C. (2006). *Sabattinismo y peronismo: partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*. Biblos.

Tcach, C. (2016). Movimientismos en perspectiva comparada: peronismo y radicalismo yrigoyenista. *Perfiles Latinoamericanos*, 24(48), 61–82. <https://doi.org/10.18504/pl2448-003-2016>

Zanatta, L. (2013). *La internacional justicialista: auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*. Sudamericana.

Zaragoza, J. M. y Moscoso, J. (2017). Presentación: Comunidades emocionales y cambio social. *Revista de Estudios Sociales*, 1(62), 2–9. <https://dx.doi.org/10.7440/res62.2017.01>

Notas

¹ El antiperonismo nucleó, además de a los partidos políticos argentinos mencionados, a dirigentes políticos de países de la región, especialmente de Chile y Uruguay, así como a redes transnacionales de intelectuales y los medios de comunicación en general. Uruguay fue un espacio importante para el antiperonismo en el exilio: dirigentes de los principales partidos opositores argentinos exiliados desplegaron prácticas que combinaban la denuncia pública del régimen peronista a través de manifiestos y proclamas, la organización de actos y conferencias en espacios como el Ateneo de Montevideo, y la articulación con medios de comunicación uruguayos, especialmente la radio, para difundir sus mensajes e instar a combatir al gobierno de Perón.

² En el contexto latinoamericano contemporáneo, la noción de “identidad negativa” propuesta por Carlos Meléndez (2022) resulta sugerente como horizonte comparativo, al mostrar cómo las adhesiones partidarias se organizan crecientemente en torno a la negación del adversario. La afinidad con el caso aquí estudiado reside en esa centralidad de la identidad “contra el otro”, no en una trasposición mecánica de su marco al primer peronismo.

³ Sobre la transformación de afectos tradicionalmente considerados privados en fenómenos de visibilidad social y en formas de saber políticamente eficaces, véase Juan M. Zaragoza y Javier Moscoso (2017).

⁴ Francesca Polletta y Edwin Amenta (2001) subrayan que los conceptos emocionales no deben funcionar como etiquetas vagas ni como explicaciones autosuficientes. Esta cautela orienta el enfoque adoptado aquí.

⁵ El clima emocional se caracteriza también por la prevalencia de ciertas emociones compartidas y sus correlatos en términos de representaciones sociales y tendencias de acción que impregnan las interacciones y orientan las interpretaciones de la situación política. Refleja cómo las personas perciben y sienten el contexto sociopolítico, económico y cultural en la que están insertas, y cómo estas emociones colectivas influyen en la cohesión interna de los grupos, en la confianza hacia las instituciones y en los repertorios de las respuestas frente a crisis o conflictos (de Rivera, 1992; Páez et al., 1996).

⁶ En este sentido, la noción de acontecimiento como transformación de estructuras previamente existentes, más que como origen ex nihilo, desarrollada por William Sewell (1996), y la idea de “formative rifts” que la polarización intensifica y profundiza sin crear de la nada, propuesta por Jennifer McCoy y Murat Somer (2019), resultan particularmente útiles para pensar el lugar de 1953 en esta secuencia.

⁷ Un libro reciente, sofisticado y sobre estudios de casos de polarización política contemporánea en América Latina: Kessler, G. y Vommario, G. (2025).

⁸ Para las políticas emocionales desplegadas por el cardenismo, el varguismo, el peronismo y el gaitanismo, véase Gayol (2026); también Bjerg, M. y Gayol, S. (2024).

⁹ “Constelación emocional”, entendida como la articulación simultánea de emociones múltiples -a menudo de valencias distintas- que se refuerzan entre sí en una coyuntura colectiva determinada y orientan disposiciones de acción. Para precisar esta noción, resulta especialmente útil la perspectiva de Barbara Rosenwein sobre las comunidades emocionales, que permite pensar

históricamente marcos compartidos de valoración, expresión y circulación afectiva (Rosenwein, 2006).

¹⁰ Si bien este análisis se centra en los sucesos de la ciudad de Buenos Aires por su carácter de epicentro político y simbólico, es importante destacar que la movilización del 15 de abril tuvo un alcance nacional. La convocatoria de la CGT incluyó concentraciones en distintos puntos del país y el discurso presidencial fue transmitido por la red de radiodifusión a todo el territorio. No obstante, la traducción de estas directrices en acciones concretas y climas emocionales pudo haber presentado matices regionales: mientras que la 'nacionalización' del conflicto a través del éter aseguró una base discursiva común, las dinámicas de violencia y los niveles de confrontación local dependieron de las configuraciones políticas específicas de cada provincia, cuya exploración detallada excede los límites de este trabajo.

¹¹ La movilización del 15 (13 de abril de 1953). *Democracia*, p. 1. Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

¹² Las transcripciones en cursiva son tomadas del discurso de Perón; luego contraponer las diversas audiciones disponibles con las transcripciones impresas.

¹³ Archivo Prisma. (2016, 18 de enero). AV-2352 [Estallan bombas durante discurso de Perón] [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=iBXosuKISvw>;

¹⁴ El propio discurso del 15 de abril alternó las amenazas con apelaciones al perdón de los "desorientados" que rectificaran su camino, reforzando la idea de una técnica emocional que oscila entre pacificación y confrontación. En perspectiva, esta combinación de llamados a la calma, promesas de perdón y amenazas extremas anticipa patrones que volverán a aparecer en 1955 cuando, tras el bombardeo de Plaza de Mayo, los pedidos de pacificación convivan con fórmulas como el célebre "cinco por uno".

¹⁵ El mensaje del presidente. (16 de abril de 1953). *Democracia*, p. 1.

¹⁶ La composición de estos grupos no era homogénea. Juan L. Besoky (2018) muestra que dentro del peronismo convivían culturas políticas muy distintas, y que los sectores provenientes del nacionalismo de derecha —con la Alianza Libertadora Nacionalista como referencia central— eran precisamente quienes más naturalizaban el uso de la violencia como práctica política. Es probable que hayan tenido una participación destacada en los incendios del 15 de abril.

¹⁷ *Democracia* (17 de abril de 1953), p. 2.

¹⁸ El diario *La Nación* tiene una postura diferente: condena los atentados en la Plaza de Mayo y los atribuye a la oposición política pero no especifica autores o grupos específicos. En una de sus ediciones, por ejemplo, la del 17 de abril, piensa los explosivos como "fruto del extravío mental o la inconsciencia de unos pocos irresponsables". También, a diferencia de los periódicos citados en el cuerpo central del texto, a partir del 18 publica declaraciones de dirigentes políticos opositores. Los atentados (17 de abril de 1953). *La Nación*, p. 1. Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

¹⁹ "Cuatro gestos del líder", es una serie con cuatro imágenes de las cuales tres aparece Perón en primer plano sonriendo unas veces, dando carcajadas otras, y con epígrafes que invocan su satisfacción y mancomunidad con el pueblo. La cuarta imagen muestra "la marea humana" presente en la plaza. *Democracia* (18 de abril de 1953), p. 1.

²⁰ Habló el general. (2 de mayo de 1953). *Mundo peronista*, p. 3. Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

²¹ Véase, por ejemplo, el llamado de la CGT a los trabajadores a mantener la guardia. La CGT (17 de abril de 1953). *Clarín*, p. 1. Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

²² La situación en Argentina (18 de abril de 1953). *Acción*, p. 1. Biblioteca Nacional de Uruguay, Montevideo, Uruguay.

²³ Saravia, C. (3 de mayo de 1953). Argentina. *El Sol*, p. 5. Biblioteca Nacional de Uruguay.

²⁴ En octubre de ese mismo año se planificó la "Operación Antropoide", un intento de asesinar a Perón con un jeep cargado de explosivos. Acciones similares continuaron desde entonces, con altibajos, y se multiplicaron entre junio y septiembre de 1955, cuando grupos opositores planeaban sabotear servicios críticos como luz, agua y comunicaciones antes del golpe final. Esta disputa por quién era la "víctima" y quién el "victimario" convirtió a las emociones en un recurso estratégico de ambos bandos (Ruiz Moreno, 1994; Gayol, 2025; Pulfer, 2025)

²⁵ Argentina (17 de abril de 1953). *El Día*, s. p. Biblioteca Nacional de Uruguay.

²⁶ Raúl Apold, responsable de la propaganda oficial peronista, buscó garantizar institucionalmente lo que definió explícitamente, el 16 de abril, como el principio organizador de

la estrategia oficial: "dos brazos de una misma tenaza" – uno dedicado al bienestar popular, otro al "triturado de la acción opositora" –. Esta enunciación revelaba la lógica que presidía la política simbólica del gobierno: no la conciliación sino la sofocación, la creación de un "clima que asfixie en su mismo nacimiento" toda tentativa de agitación heterodoxa.

²⁷ Sobre este punto véase Flor Cely Ávila (2024).

²⁸ El resentimiento político constituye un registro emocional más complejo que la desconfianza. Mientras esta última opera en el nivel de la evaluación de capacidades y comportamientos esperables, el resentimiento hunde sus raíces en las experiencias acumuladas del agravio, en la sensación de haber sido tratado injustamente y en la demanda no satisfecha de reconocimiento y reparación. En el antiperonismo se estructura alrededor de múltiples agravios: la violencia política contra opositores, la exclusión de espacios de poder, la manipulación de las emociones populares, la deslegitimación de sus formas de hacer política. El resentimiento no es pasividad sino estimulador de la acción: opera como justificación emocional para formas de resistencia que de otro modo parecerían extremas o intolerables. Véase Gayol (2024).

²⁹ Esta dinámica ha sido analizada con precisión por Timothy Tackett en su estudio sobre el proceso revolucionario francés, donde muestra cómo la percepción de malicia en el adversario – amplificada por el rumor, la incertidumbre y la violencia real desencadena una radicalización emocional que legitima respuestas extremas (Tackett, 2004, 2016, 2025).

³⁰ Podríamos pensar que el clima emocional de esos meses no era unidireccional. En el polo peronista, la percepción de asedio y la certeza de estar rodeados de enemigos –que el bombardeo de junio de 1955 vino a confirmar de manera brutal– producían su propio endurecimiento afectivo. Una identidad forjada en la resistencia que haría del golpe no el fin del peronismo sino el inicio de otra etapa de su historia política y emocional.

³¹ Por ejemplo, los relatos de José Flores en *Operación rosa negra* (1956), los panfletos clandestinos recopilados por Félix Lafandra (1955) y Bonifacio del Carril en sus memorias (1959) recuperan explícitamente las "quemaduras del 53" y el discurso del 1° de mayo de 1953 como antecedentes directos que legitimaron la violencia posterior.

³² La huella profunda de los sucesos de 1953 y su interiorización particular por opositores al peronismo se encuentra también, por ejemplo, en Ricardo Boizard (1955) y Radio Base Naval Puerto Belgrano (1957).

³³ El uso de fuentes escritas tras el golpe conlleva el riesgo de una reescritura teleológica de la sensibilidad, donde el éxito del derrocamiento haya exagerado o estilizado retrospectivamente las sensaciones de 1953 para dotar de mayor legitimidad moral a la ruptura institucional. Este riesgo es metodológicamente controlable: lo que analizamos no es la veracidad de las sensaciones evocadas sino su gramática emocional y su función en la construcción de un clima afectivo sedimentado.

³⁴ La crónica de José Flores y los diálogos que relata con sus compañeros de lucha muestran un gozo y alegría durante los preparativos de la conspiración que deviene desbordante en el momento del triunfo (Flores, 1956).